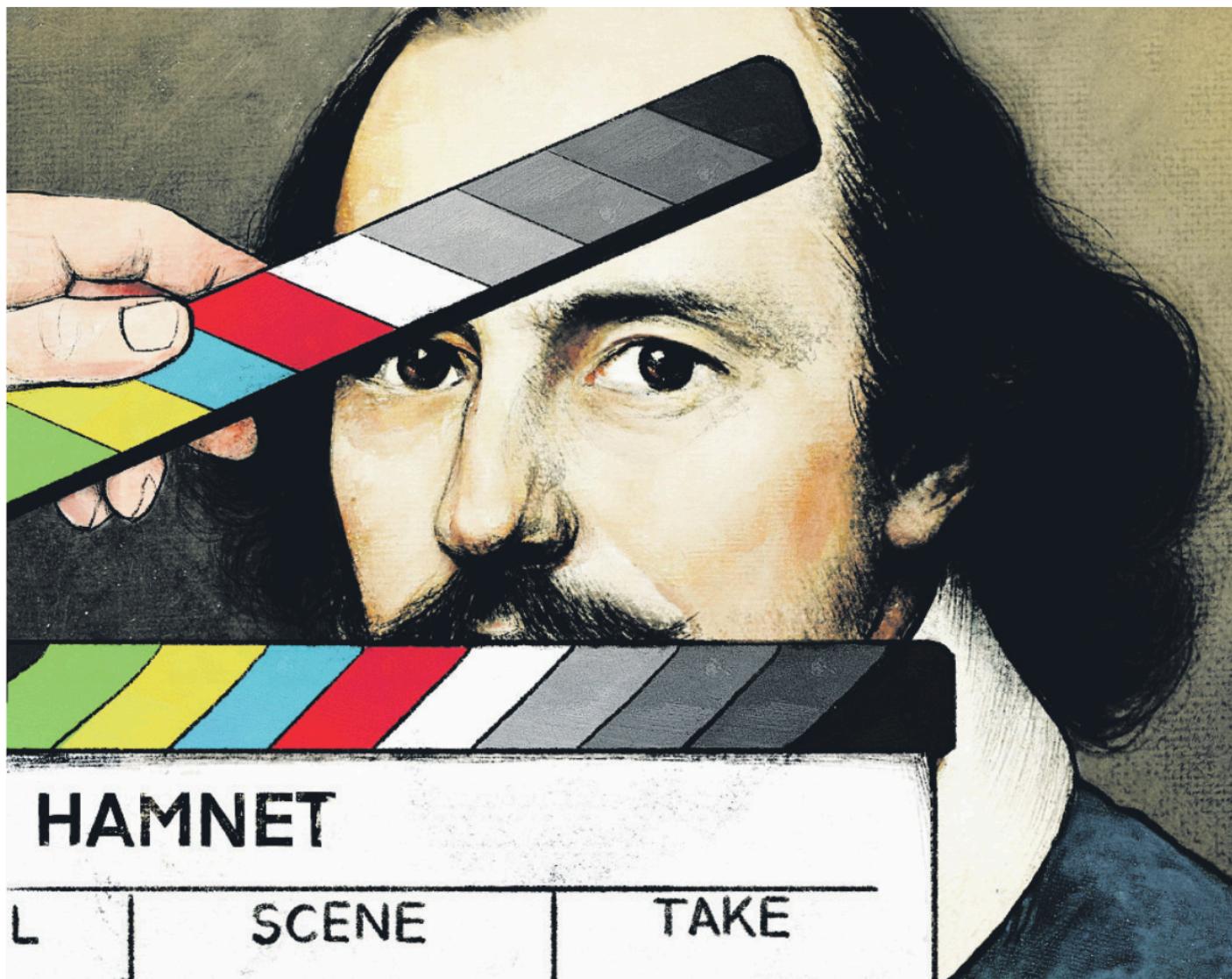


culturas

ALBERT ASENSIO

Cinco novelas para entender la Venezuela actual / La obra póstuma de Frederick Forsyth / **La Sala Parés y la pintura figurativa de entreguerras**



William Shakespeare, personaje de ficción

El misterio en torno a la vida real del dramaturgo inglés ha permitido al cine concebir imaginativas versiones, como hace también el esperado próximo estreno 'Hamnet', de Chloé Zhao

MAURICIO BACH

William Shakespeare ostenta el récord de autor más adaptado al cine. Le siguen dos escritores contemporáneos muy populares: Agatha Christie y Stephen King. Dice una repetida boutade que, de haber vivido hoy, Shakespeare habría sido guionista o director de cine. Y otra más actualizada, que habría sido show-

runner de series. No seré yo quien les quite la razón.

Como en su época el único medio de representar enredos amorosos, batallas, conspiraciones, asesinatos, celos, culpas y dudas metafísicas era sobre un escenario, han sido otros los encargados de llevar sus obras a la pantalla. Sin ánimo de exaheridad, Orson Welles, Akira Kurosawa, Laurence Olivier, el soviético Serguei

Kózintsev, Franco Zeffirelli, Kenneth Branagh o Julie Taymor han hecho maravillas con sus obras. Y abundan también las actualizaciones y excentricidades que convierten a sus personajes en pandilleros o exploradores espaciales. Quizá la mayor charla de la naturaleza es *Grand Theft Hamlet*, estrenada en 2024, en la que dos actores durante el confinamiento escenifican *Hamlet* en el videojuego *Grand Theft Auto*.

No es de extrañar que el cine vuelva una y otra vez sobre personajes como Hamlet, Macbeth o Romero y Julieta. Ya lo apuntó Harold Bloom en *Shakesperare o la invención de lo humano*: su obra es el escaparate de todas las actitudes y emociones posibles. Y sin embargo, seguimos sabiendo poco sobre quién fue en realidad William Shakespeare. »

1 de 12

- » Esas zonas de sombra que, pese al alud de eruditos biógrafos, todavía lo rodean han dado pie a las especulaciones y a todo tipo de teorías, incluidas algunas conspiranoicas. También el cine se ha permitido imaginar versiones hipotéticas de la vida del dramaturgo.

El próximo estreno de *Hannet* (llegará a los cines el 23 de enero) dirigida por Chloé Zhao e inspirada en la exitosa novela de Maggie O'Farrell del mismo título (publicada por Libros del Asteroide, en castellano, y L'Altra Editorial, en catalán) es una buena excusa para trazar un recorrido por la presencia del personaje William Shakespeare en la pantalla. Dejando de lado aplicaciones anecdóticas o poco relevantes, hay cuatro películas que lo han retratado en diferentes momentos de su existencia.

La primera, *Shakespeare enamorado* (1990) de John Madden, fue un taquillazo, estuvo nominada a tres Oscars y ganó siete, incluido el de mejor película. Es una fantasía romántica, que imagina a un joven Shakespeare en el momento en que está escribiendo *Romeo y Julieta*. La película maneja personajes reales, pero apena tiene alcance alguno en la realidad. Contiene unas cuantas pifias históricas y podría haberse quedado en una comedia tontorrón, pero algo el vuelo grácil al talento de Tom Stoppard en el guion, por el que se llevó una estatuilla. El guion original lo había escrito Marc Norman y circulaba por los estudios desde finales de los años ochenta. Estuvo a punto de rodarse con Julia Roberts como protagonista, pero los productores decidieron encargarse una rescritura a fondo a Tom Stoppard, uno de los gigantes del teatro británico contemporáneo, recientemente fallecido.

Su buena mano se nota, ya que logra sacarle todo el partido al juego de falsas identidades (la joven que se traviste de actor, porque las mujeres tenían prohibido subir a un escenario, y como mujer enamorata al autor de la obra mientras interpreta un papel masculino). También las cruxes entre la realidad y la ficción (como cuando en un ensayo de la pelea entre Capuletos y Montescos entrañen el teatro un grupo de actores rivales y la trifulca ficticia se convierte en real). Y sobre todo en el desdoblamiento de Shakespeare como amante y escritor, cuyas andanzas y entuertos en el lecho van reconfigurando la trama de *Romeo y Julieta*. Realidad y representación, la vida como teatro y el teatro como expresión.

El vínculo de Stoppard con Shakespeare va más allá de este divertimento cinematográfico y se remonta a sus inicios como dramaturgo. La pieza con la que debutó en 1966, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, ponía en el centro del escenario a dos personajes secundarios de Hamlet. Convertía a los dos amigos de juventud del príncipe dubitativo en traslúcidamente

os de los Vladimír y Estragón de *Un cuadro a Gódel*. El propio Stoppard dirá en su única incursión detrás de las escenas —la adaptación cinematográfica de su obra, con Gary Oldman— *Tíos de la noche*, que «es un desastre total, porque, por la que me dijeron, es un Oso de Oro en Venecia en 1990».

El siguiente protagonismo lo realizó Shakespeare: se presentó en *Anonymous* (2011) de Roland Emmerich. La película toma como premisa hipótesis que durante algún tiempo de cierto predicamento, incluso en los académicos. Partía de una duda aparentemente razonable: ¿cómo era posible que William Shakespeare, un actor de origen huérfano —su padre era un armero que hacía guantes— escribiera tan de tanta extravagancia y erudición? Y lo que después de su muerte empezaron a surgir dudas sobre la autoría de sus obras.

En el siglo XIX surgieron diversas teorías que apuntaban a la posibilidad de que Shakespeare fuera una suerte de falso afero que se limitaba a estampar su nombre para encubrir al verdadero autor oculto. Uno de los presuntos genios que se le barajó fue el filósofo Francesco Bacone, pero el candidato más plausible era Edward de Vere, conde de Oxford, miembro de la corte de Isabel I y maestro de las artes, que apadrinó al menos a algunas compañías teatrales y al que su posición social y vínculos políticos le imponían desarrollar su autoría. El largometraje, que se encargó de superproducción de *Anonymous*, desarrolla esta última hipótesis, con lo que en la actualidad ningún estudioso serio avala esta hipótesis.

/ 'Hamnet' da más protagonismo a William que la novela de Maggie O'Farrell, que se centra en su esposa Agnes



/ La Oscarizada 'Shakespeare enamorado' (1998) recreó al joven romántico; 'El último acto', de Kenneth Branagh (2018), al dramaturgo en su vejez

shakespearianas e introducción en sus diálogos frases extraídas de ellas. En uno de los episodios aparecía el mismísimo Shakespeare (interpretado por Colin Firth) al que el infame Blackadder le arreaba un puñetazo y una patada porque su obra en el futuro daría pie a "al Hamlet de cuatro horas de Kenneth Branagh". Después Elton convirtió al dramaturgo en protagonista de *Upstart Crow*, la serie cómica que creó para la BBC y que tuvo tres temporadas.

En *El último acto*, el guionista se pone serio para imaginar la vejez de Shakespeare, cuando decidió dejar Londres tras



en portada

el incendio del Globe y regresar con su familia a Stratford-upon-Avon. El largometraje parte de los no muy abundantes datos contrastados que tenemos sobre ese período tardío en que se reunió de nuevo con su esposa y sus dos hijas. Y a partir de ahí, imagina situaciones plausibles. Por ejemplo, un reencuentro —que nunca se produjo— entre el bardoy el conde de Southampton (interpretado por Ian McKellen), que había sido su mediana y al que había dedicado algunos poemas.

La secuencia insinúa con mucha delicadeza la relación que pudo haber entre ambos hombres —el disfunto asunto de la posible homossexualidad de Shakespeare—, cuando, al despedirse, Southampton recita con aires melancólicos el *Soneto XXXV*, uno de los más sublimes de su antiguo protegido. Solo por esta escena comparto más de dos fitas de la interpretación shakespeareana ya merece la pena ver la película. Se intuye todo sin necesidad de subrayar nada; no habría estado mal que Amenábar la tomara como modelo para *El cautivo*, si Cervantes quería aplicar algo llamado sutileza.

'Hommet', la cinta de Chloë Zhao que adapta la novela de Maggie O'Farrell (fotos de Daniel Rueda) recrea a Shakespeare como personaje. 'Shakespeare enamorado' (1998), 'Amores' (2011) y 'El último acto' (2018), son otras miradas

Tampoco abunda la sutileza en la discreta comedia española de Inés Paris *Miguel y William* (2017), que imagina un encuentro de los dos genios a partir de un enredo amoroso.

En la película de Brannagh, Hamlet, el único hijo varón de Shakespeare, que murió siendo niño, tiene cierta relevancia en la trama (con una versión fantasiosa de las causas de su fallecimiento). Su muerte por la plaga de peste negra es el drama central de la novela *Hamnet* de Maggie O'Farrell, que ha cosechado el guion de la versión cinematográfica con la directora Chloé Zhao. Hay dos cambios sustanciales en la película con respecto al original literario: se da más protagonismo al dramaturgo y se opta por la narración lineal, dejando de lado los *flashbacks* de la novela.

De entrada, hay que encmarcar el libro de O'Farrell, cuya principal protagonista es Agnes (oficialmente conocida como Anne Hathaway), la esposa de Shakespeare, dentro de la corriente cultural que busca dar visibilidad a las figuras femeninas olvidadas, a la sombra de los hombres famosos. El personaje de Agnes (a la que interpreta en pantalla una impresionante Jessie Buckley) tiene algo de hechicera, con una conexión espiritual con la naturaleza —el bosque, los halcones—, y eso marca el modo en que vive el duelo por la pérdida del hijo. Su esposo Will (Paul Mescal) sublimará su dolor a través de la creación artística, forjando al inmortal Hamlet.

La película consigue trasladar a la pantalla la potencia de la novela de O'Farrell gracias al estilo poético de Zhao -deudor de Terrence Malick-, a la precisión fotográfica del polaco Lukasz Zal (que ya demostró sus virtudes en *Zona de interés* de Jonathan Glazer) y a la envolvente banda sonora de Max Richter. Todos ellos se conjuran para culminar en un comovedor final en el que se recita el

La propuesta es muy estimulante como ficción, pero conviene dejar claros dos aspectos. En primer lugar, es importante no caer en el reduccionismo de convertir *Hamlet* o cualquier otra cumbre de la literatura universal en un mero ejercicio catártico y sanador, porque la creación artística es algo mucho más complejo. Y, segundo, aunque en el pasado algunos estudiosos sugirieron el posible vínculo entre Hamlet y Hamlet, por la similitud de los nombres, establecer una conexión directa entre uno y otro es una pura fantasía literaria: entre el fallecimiento del hijo y la escritura de *Hamlet*, el dramaturgo creó otras varias obras, incluyendo una colección de cartas, y el

Algunos de estos Shakespeares cinematográficos se acerca al Shakespeare real? Acaso iluminan partes de su alma, pero solo son versiones ficticias del supremo creador de ficciones sobre un es-

/ ¿Los Shakespeares del cine se acercan al hombre real? Iluminan partes de su alma, pero solo son versiones ficticias del supremo creador de ficciones

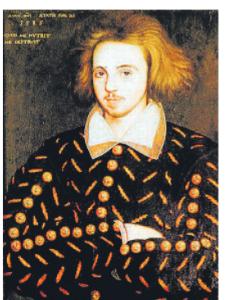
pués regresó clandestinamente para escribir las obras atribuidas a Shakes- ríades Thomas Kyd, dramaturgo rival, blasfemaba.

Otra especulación –nunca verificada por completo, pero mucho más plausible– es que Marlowe, mientras estudiaba en Cambridge, fue captado como espía al servicio de la reina Isabel I por su consejero sir Francis Walsingham, ya que en sus presuntas misiones se hacía pasar por católico y acaso llegó a viajar a Reims, donde establa el llamado English College, nido de conspiradores que apoyaban a María Estuardo.

nara a su asesino podría dar pistas sobre

una conjur palaciega?

Si embargo, quedarse en el anecdótico de su agitada y breve vida sería un craso error, porque si seguimos hablando y especulando sobre Marlowe es porque la relevancia de las obras que dejó: diversos poemas y sobre todo seis tragedias, dos de ellas especialmente notables: *Ricardo II* y *Fausto*. Como Greenblatt es un estudioso serio y no un autor de true crime histórico de baratillo, dedica mucha atención al legado literario. Marlowe es una figura clave en el desarrollo del teatro isabelino, por su uso del pentametro yambico. No fue el primero en utilizar esta versificación, pero sí es el que le dio verdadero vuelo literario y allanó el camino a Shakespeare, que la llevó a sus más excelentes cimas en sus



**Stephen
Greenblat
El Renacimiento
oscuro**
Traducción de
Yolanda Fontal
Crítica
408 páginas

Christopher Marlowe, otra gran figura de las letras inglesas